

Autor: Mauricio Szuster – letra, Institución Psicoanalítica

Título: El / los cuerpos del hombre

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Je pense donc se juit

(Pienso luego se goza)

J.Lacan, La tercera

El giro que Lacan realiza sobre el cogito cartesiano en su tercera conferencia en Roma, retroactua no sólo sobre el cogito mismo, sino sobre su giro anterior: pienso donde no soy luego soy donde no pienso.

Ser, pensar, gozar pueden ser articulados por yuxtaposición o por equivalencia, pero el **se** de se goza, implica el abandono de la primera persona gramatical dejando el gozar en la ambigüedad de quien sea el sujeto de ese goce. La fórmula aristotélica un cuerpo, un individuo queda interrogada por el **se** en términos de donde localizar ese orden de satisfacción. ¿Qué cuerpo?, ¿Qué sujeto?

De tiempo en tiempo se escucha en la consulta: “sabe, desde que vengo aquí, se ha reducido la psoriasis sin haber hecho nada nuevo para combatirla”, (sea la psoriasis o cualquier otra enfermedad) sin que la cuestión haya sido mencionada hasta entonces en sesión.

En Introducción al narcisismo, y a propósito de la hipocondría, Freud equipara la erección del pene a la inflamación de un órgano enfermo o la incontinenia de la enuresis a la satisfacción proporcionada por el calor de la orina en su circulación por las vías uretrales.

Un discípulo de Freud, Paul Schilder, incorporado a la Sociedad psicoanalítica de Viena en 1919, publica un libro clásico, ya, titulado La imagen del cuerpo, en el cual una de las tesis es que la imagen del cuerpo se apoya en un sustento biológico que provee la base pero que su estructura y configuración responde a la libido.

El fenómeno del miembro fantasma, que analiza, proporciona elementos para reiterar la pregunta por donde localizar el **se goza**. Se trata de pacientes que han sido amputados inesperadamente, particularmente en los miembros, brazos y piernas, y también senos y pene. En un comienzo el fantasma conserva la

aparición del miembro perdido, incluyendo senestésias y parestésias, con el tiempo pasa por diversas vicisitudes, la mano se inserta en el codo o se estabiliza inserto directamente en el muñón que queda del brazo.

Más allá de su ausencia, hay un cuerpo o una parte de él, que, aún ausente, es eficaz a los efectos de sostener un orden de satisfacción. Desde otra perspectiva diferente a la de Schiller, Egon Schiele, pintor, miembro del grupo de la Secesión en la Viena de comienzos del siglo XX, parece anticiparse a Freud en lo concerniente a la teoría de las pulsiones, cuando en su serie de pintura erótica, algunas partes del cuerpo se cargan de una presencia excesiva (manos, genitales) al punto de parecer desarticuladas y en cierta forma autónomas respecto del resto del cuerpo.

Del miembro fantasma, allí donde no lo hay, a ese miembro que toma la escena en Schiele, la unificación del cuerpo por la imagen se dispersa retornando la pregunta, ¿qué individuo?, ¿Qué cuerpo?

Desde la antigüedad el cuerpo entra en colisión con el logos, lo cual lleva a Platon, en el Fedón, a prescribir a los filósofos el atajo de la muerte como modo de prevenir la contaminación que el cuerpo ejerce sobre la razón.

Esa antigua definición del hombre como **animal racional mortal** deja oscilando lo animal a lo largo de los siglos por diferentes vías a la espera de una representación (imposible por definición) que lo apacigue.

En la Edad Media, dado que los ángeles podrían tener cuerpo, la carne y su fragilidad se convierten en lo específico del hombre.

En la unidad imaginaria que propone la fórmula un individuo un cuerpo, la experiencia del psicoanálisis introduce la dispersión de una exterioridad interior por la viabilización que traza la transferencia anudando el **se goza** con el lenguaje.

Bataille exhortaba a los analistas a dejar trabajar a las palabras y evitar el efecto de aplastamiento del diccionario. Es decir trabajar con la palabra según la geometría de la goma. En esta dirección, Ferenczi proponía escuchar y trabajar con formas analógicas animales tan distantes como sea posible de la encarnación de representación alguna.

Lacan propone privilegiar el equívoco como vía de acceso a lo real.

¿Qué hace signo, entonces, en el seno de la experiencia? Aquello que en una lengua dada es escuchado como dispersión de la unidad imaginaria y de la diferencia simbólica.

El **algo** que **significa** para **alguien**, según la fórmula de Pierce, establece así la condición de marca del signo en una relación de indeterminación entre sus términos y que una vez establecido, no reitera para siempre su significado.

El alguien (para el caso el analista) determina así la eficacia del algo que llama a significar según es leído como repetición. De este modo, **se goza** encuentra la ficción de la lengua que le permite alojarse como sujeto de esa otra satisfacción.

Mayo 2009